

José María Salvador-González. *Ianua coeli. María mediadora de la humanidad. Explicación doctrinal e iconografía*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2023, 232 pp. ISBN: 97884-19588-88-3

La oscura madre primordial que fuera Eva, seducida por el espíritu impuro que manchara su estirpe, contrasta con la figura mariana, cuya misión salvífica, prolongación de la mediación del *Lógos* proferido (*Λόγος προφορικός*) que recapitula la creación, marcará el destino de los hombres.

Inútiles los signos, la palabra interior, el *verbum in corde* mediador entre *quod est* y *quod signum est*, ilustra la procesión eterna de la segunda hipóstasis, su intemporal ascensión, connatural a la memoria del mundo visible. En la comunicación –sostiene Agustín– el *verbum mentis* inteligible se encarna en el *verbum oris* sensible, captado por un receptor que lo desmaterializa para revertirlo *verbum mentis*, ahora compartido. Ese doble movimiento de descenso a lo sensible y ascendente retorno a lo inteligible es alegoría de la procesión cósmica de la palabra redentora, una comunicación del Padre con la creación.

A la *anakephaliosis* (ανά + κεφάλαιον) en la Encarnación se suma una suerte de *symkephaloiosis* en la Anunciación. La gozosa vivencia de la creación a través de la *Mater speciosa* cederá a la magia simpatética de la *Mater dolorosa* (el sufrimiento redentor es *συνπάθος*): “las esferas cósmicas llegan hasta nosotros y los demás animales mortales por la *simpathéia* del universo, debida a que el Todo es un ser animado, pues si es una sola alma la que ha de sostener la coherencia del universo entero, será precisa una simpatía mutua entre sus partes” –arguye Proclo—. Excluida la Madre de la perijóresis (*περιχώρησις*) trinitaria, expuesta al *páthos*, su compasión ante el *Lógos* yacente, que ha vuelto a ser el *Lógos endiathetós* (*Λόγος ενδιαθετός*) en el movimiento ascendente que interioriza el verbo sensible, desata una conmoción cósmica. El dolor de la Madre piadosa es el horror que une a todo lo ungido por el sacrificio del cordero.

Para las criaturas subterráneas que no transitamos las brumosas sendas de la teología, orugas atrapadas en el árido subsuelo de la filosofía (la condena a horadar fatigosamente infinitas galerías en ese inextricable laberinto sin más convergencia que Asterión o el vértigo del *aleph*), la estética es la vía natural de fuga al *voούμενον*, como fuese para Hölderlin solución de intuición intelectual abocada a *das Heilige*, sagrada belleza inmanente en la naturaleza herida por la razón teórica. Y es en ese terreno en el que la obra del profesor Salvador González, minucioso examen estético y simbólico de la iconografía mariana que rastrea en sus tres primeros capítulos las formulaciones apologéticas, teológicas y poéticas de la doctrina de la mediación universal, muestra su inequívoco valor, cumpliendo una labor encomiable: libar el néctar profundo, el ámbar gris de los insondables misterios que seducen a los maestros de la revelación y la “*fides quaerens intellectum*” para extraer su virtud más íntima con la delicada sintaxis estética que rebasa toda forma de devoción.

La estelar posición de María en la Edad Media, el fervor que despertara, sería el germen de una visión moderna de la femineidad alejada de la negativa connotación de su contrafigura primigenia. La promesa de una bella crisálida gravita en el arte tardomedieval, latente ya la alegoría de perfección espiritual en un preciso *éthos* femenino: la mujer honesta, objeto idealizado de veneración por su discreción y desapego mundano, cuya sobria fisionomía (delicados cabellos, piel clara, estrechos hombros y cintura, delgado y estilizado cuello, manos finas, senos no prominentes...) es deudora de la semblanza virginal de María. La *donna angelicata*, paradigmático fin del amor galante que despunta en el Renacimiento, es heredera de cualidades marianas (castidad, modestia, caridad, obediencia), e impulsora, a su vez, de un digno modelo femenino que antes celebrara la lírica provenzal: el trovador occitano, de noble vocación, rinde culto a la gentil dama comparable a una relación de vasallaje, su fascinación está más cerca de los colores retóricos, el estrofismo o el desajuste de formas sintáctica y versal del mester de clerecía que de la rima asonante, el verso anisilábico o la concordancia de unidades sintáctica y métrica (*στιχομυθία*) del plebeyo arte de los juglares. El *amour courtois*, mística versión del amor que plasma la aspiración de una clase emergente, la burguesía, al arquetipo platónico, vela la libido en las serranillas destinadas al vulgo, elevando su voz al mundo uránico, utópico horizonte de formas puras que sirviera al cristianismo para consagrar la imagen mariana. Hipogénesis de la concepción moderna de la femeneidad a la que el libro asiste, con un valor añadido como subrepticio testimonio de la gestación de una ética y una estética de la mujer que trasciende la simple imagería religiosa.

La segunda parte, disección de la metáfora visual que inspira la imagen mariana a los siglos XIII-XV, se organiza en cinco capítulos, el primero de los cuales aborda el episodio de la Anunciación con un motivo subyacente: el pecado original. Las antítesis Eva / María y Adán / Cristo redentor son recurrentes en escenificaciones de la Anunciación de Fra Angelico (retablos de San Giovanni Valdarno, El Prado, Cortona), Giovanni

di Paolo, Dirk Bouts, G. Francesco Maineri..., a las que asoma. Enmarcada en elegantes logias renacentistas, encuadrada en casas porticadas de exquisita simetría o de “incongruente estructura y caprichosa perspectiva”, minimizada o con destacado protagonismo, en los frondosos prados asfódelos (tibios augurios ya del Jardín de las Delicias) o sobre tierra yerma que presagia el patético destino de sus descendientes, la “densidad trágica” de Adán y Eva, acentuada por signos ostensibles de vergüenza ante la falta original, contrasta con la gracia de la Madre co-redentora, figura imbuida de un vívido dinamismo, lejos de la actitud hierática de arcángeles, apóstoles y devotos.

Mérito relevante del texto es su patente profesión descriptiva, no escatima recursos narrativos el reputado especialista al que avalan innumerables estudios sobre la materia en un estilo llano que atenúa los detalles técnicos permitiendo una lectura fluida que invita al lector profano: subtrama, variación de ángulos de enfoque, subversión de expectativas, reglas funcionales que esbozan una maquinaria mágica para suscitar la emoción son algunos de ellos. Constante también la lección teológica auxiliar en las piezas presentadas: jerarquía celeste, *scala coeli*, vertical ontológica de causas, analogías de proporción y atribución en la representación sintética de la intercesión que transfigurará el pórtico terrenal en portal ultraterreno. El rescate final de la mujer y la maternidad de las sombras del profanado árbol de la ciencia se ha consumado.

Los últimos capítulos trazan un sobrio itinerario de la imagen mariana sobre el marco epigenético de la misericordia y el juicio final, mapa predominantemente escultórico esta vez. Inmerso en el universo simbólico articulado en categorías existenciales de la antropoteología cristiana, el profesor de arte de la Complutense despliega la mirada reverente del peregrino, discurriendo de un centro mundano a una periferia sacra que deviniera *axis mundi* para la fe individual en el espacio límbico extendido entre el escenario desolado de la peste y el régimen fisiocéntrico de renacimiento. Consciente del difícil compromiso entre la *stabilitas in peregrinatione*, la transparencia y los desvaídos ecos de la diáspora exterior que sacuden el *animus* creador, y la delación silenciosa de la *peregrinatio in stabilitate*, se adentra en la estación opaca de la piedra para visitar a tres grandes *Damas*, que siempre serán *Nuestras*, resistiendo el saqueo, la desacralización y los desquiciados sonidos de la guerra.

El peregrino abandona la Île de la Cité para contemplar la *Biblia de Amiens*, antes de atravesar las amplias arquerías de Laon y descender por el transepto de la Basílica Metropolitana de Burgos en busca de la púdica caligrafía mariana en tímpanos de fachadas laterales. Se detiene un instante después en la cabecera de tres ábsides de Santa María de los Reyes de Laguardia para desembocar en el hastial sur de la Colegiata Mayor de Toro. Una voz del pasado sale allí a su encuentro... “En torno a la sublime vulgaridad del hombre, la gloria del cielo se iba haciendo cada vez más honda y oscura”... Recuerda entonces el candor del Padre Brown, *esencia de las llanuras orientales*, y prosigue su camino con una prosa rítmica, depurada, no obstruido el vigor expositivo por el rigor académico (el andamiaje que oprime muros y paños sólo desluce su porte, asfixiando a la piedra)... “Y la imagen de María presidiendo [...] las entradas del templo terrenal (símbolo del templo celestial) es la forma más directa y taxativa de expresar la tesis de María - *ianua coeli*”.

Cesan las palabras, se apaga su templada cadencia, pródiga en matices, comienza la logogénesis, invitando a una peregrinación inversa, rabiosamente interior: concluido el texto, visitar sólo las imágenes reunidas mientras los suaves acordes del oratorio nos envuelven... *Iuxta foenum gaudiosa dum iacebat Filius*. El *Stabat Mater* es intemporal.

Vicente Llamas Roig
Pontificia Universidad Antonianum (Murcia)
E-mail: v.llamasroig@um.es
ORCID: 0000-0003-4830-3003